ORBYT. La Nueva España 26/09/2013

LECTURAS

Llucia Ramis: «Hay cosas demasiado duras que he preferido no contar»

La escritora y periodista mallorquina evoca el pasado industrial en Arnao y Salinas en una conmovedora novela sobre el desengaño, el amor y las heridas familiares

LUIS M. ALONSO

Todo lo que una tarde murió con las bicicletas es una historia personal sobre el desengaño, cuenta Llucia Ramis, su autora. Pero también un relato luminoso y feliz, no sé si iluminado por la luz del pintor Pierre Bonnard, como escribe el prologuista de la novela, **José Car-los Llop**, o sencillamente por el empeño de Ramis en no echar sal a las pequeñas heridas familiares. Es, en cualquier caso, «un homenaje a la familia», en palabras de esta escritora mallorquina capaz de controlar la sinceridad para no hacer o hacerse daño, pero no los senti-mientos evocadores de un mundo que rozó con los dedos en la infancia y la adolescencia, diferente al de la chica de clase media en que más tarde se convirtió, pero cuyos ecos íntimos ha sabido conservar con una gracia y un estilo li-terario muy singulares. La escritora y pe-riodista Llucia Ramis (Palma de Mallorca, 1977) presenta esta tarde en la librería Cervantes su novela, nominada para el premio «Tigre Juan» que se fallará a principios de octubre.

En buena parte de la narración la memoria discurre por Asturias, de donde la autora guarda en su memoria los cielos azules que vio conscientemente con apenas 1 año en un «chalé solitario» de los Picos de Europa, el mismo en el que se alojaba en otro tiempo el rey Alfonso XIII cuando venía a cazar rebecos. El chalé era propiedad de la Real Transmontana de Minas y más tarde de la Transmontana de Zinc, las empresas que fundaron en Arnao sus antepasados belgas. «Luego me han dicho y he tenido la oportunidad de comprobar que los cielos no son azules en Asturias, pero así fue como los vi. Recuerdo el azul y el verde de los prados adentrándose en el mar». A Llucia le han dicho que las imágenes de los álbumes de fotos de sus





A la izquierda, Llucia Ramis. A la derecha, la autora, cuando apenas tenía 1 año, con sus padres en el chalé de los Picos de Europa. | swm cogocludo / ALBUM FAMILIAR

padres contaminan la memoria, que no es posible que se acuerde, que era demasiado pequeña. Pero ella insiste en lo contrario.

La protagonista de Todo lo que una tarde murió con las bicicletas, una treintañera desorientada y en paro, se consuela al pensar que, si bien el futuro es incierto, cabe, al menos, indagar en el pasado en busca de respuestas. O para ganar tiempo, como ella misma reconoce, antes de volver a la casilla de salida. Si es así, bienvenido sea el subterfugio. Ramis se sumerge en un torbellino de

recuerdos para esbozar la memoria de los suyos, desde los orígenes de sus antepasados, potentados industriales belgas, al declive que sufrieron en la década de los ochenta a raíz de que un cambio de accionistas y una nueva política en la gestión de la empresa los dejara fuera con una indemnización exigua. «El padre de *oncle* Claude era ingeniero, a mi abuelo lo hicieron contable. Su trabajo consistía en copiar números en listas interminables de haberes y deberes. Rondaban los veintipocos y probablemente no tenían una necesidad real de

trabajar. Jamás se les hubiera pasado por la cabeza que podrían despedirlos. Aquella empresa les pertenecía casi desde el mismo año en que existe Bélgica. Lo habían tenido todo, nunca hubiese imaginado que podían quedarse sin nada» (página 112).

La niña recostada en la sillita de lona sobre la hierba del campo del álbum de fotos familiar regresaría a los 13 años a Asturias y a Salinas, donde su madre vivió, y volvería a hacerlo recientemente para recoger información para su novela. El bar La Toldilla, las pipas, las pom-pas de jabón en la fuente, el Club Náutico... «Mis primos me presentaban a los viejos amigos de la pandilla de mi madre y me decían que era muy guapa, no se explicaban de dónde había salido yo», dice la autora de Todo lo que una tarde murió con las bicicletas. En su tercer viaje, el tío Claude le puso tras la pis-ta de los archivos históricos de la Transmontana, una documentación a salvo en unas horrendas cajas de cinc que nadie quiso llevarse y que el tiempo y la carcoma han sabido respetar. Cuando le pregunto a Llucia Ramis cuántos recuerdos ha dejado de decantar en las poco más de doscientas páginas de su novela, que ella misma ha traducido del catalán al castellano, admite: «No he sido del todo sincera, hay historias demasiado duras que he preferido no contar por razones obvias y para que no inter-firieran en el relato». Sin embargo, hay verdad y vida en Todo lo que una tarde murió con las bicicletas: una verdad melancólica que resuena en sus oídos como un eco entrañable del pasado familiar. «En casa nos hemos contado muchas veces las cosas».

Pero, ay, siempre quedan cabos sueltos: «A mi abuela belga no le ha gustado lo que he escrito de ella. Dice que la hago parecer demasiado arrogante y presumida».

El cielo es azul, pese a todos los pesares

L. M. ALONSO

Buscando entre los restos de un naufragio se puede encontrar de todo. Llucia Ramis ha preferido hurgar en el amor y la belleza antes que resignarse al desquite. Invocando la memoria ha construido una novela de prosa ágil, a veces deslumbrante, que se lee de un tirón; tanto es así que el lector echa en falta incluso algunas páginas más. Todo lo que una tarde murió con las bicicletas, que publica Libros del Asteroide, sería una estupenda ópera prima y, sin embargo, no lo es porque la autora ya ha escrito antes otras cosas y lo sigue haciendo a diario en periódicos y otras publicaciones. Ramis ha

hallado un estilo, algo que no es fácil de conseguir, y por ahí es donde pueden llegar próximas buenas novelas.

La excusa de bucear en el pasado para resarcirse del presente y buscar respuestas que le sirven a uno para enfrentarse al futuro es encomiable. Ramis lo hace arrastrando con ella los recuerdos que sabe atemperar con acierto. En Todo lo que una tarde murió con las bicicletas, título suficientemente evocador de un tiempo que se fue, el lector encontrará humor, amor, complicidad, desengaño y melancolía. El pasado es el Cantábrico, esos verdes que se adentran en el mar y el idealizado cielo azul. El presente es la casilla de salida, en el Mediterráneo: la



Todo lo que una tarde murió con las bicicletas

LLUCIA RAMIS Libros del Asteroide, 2013, 220 páginas, 18,95 euros

vuelta al hogar de sus padres de la universitaria de brillante porvenir en paro que empieza a preguntarse qué es lo que la vida le tenía reservado partiendo de las vivencias familiares. Resueltamente evocadores son los recuerdos de las minas y las praderas, las hermanas belgas del abuelo -tante Puppette , tante Fanchette y tante Colette- y la abadía de Beaufays, cerca de Lieja, donde viven, de «las treinta habitaciones y escaleras de madera cubiertas por alfombras y un montón de ventanas de piedra que miran aburridas al jardín» (página 17). De la misma manera que el encuentro de la que sería su madre con su padre, los viajes en la furgoneta por la Península y el vistazo a los álbumes de foto familiares de donde salen algunas de las secuencias más refrescantes de la novela.

Nabokov escribió en Speak, memory que el sentido común nos dice que nuestra existencia no es más que una breve rendija de luz entre dos eternidades de tinieblas. Llucia Ramis ha sabido, sin embargo, mirar al cielo y recordar que es azul incluso cuando no siempre ocurre así.